

del proyecto está garantizada por la colaboración en el mismo del CSIC, Ministerio de Cultura e Instituto Geográfico Nacional, estando prácticamente lista ya para su publicación la hoja K-30.

En la publicación que tenemos delante, el documento propiamente cartográfico se halla complementado por un diccionario topográfico y una serie de índices (de topónimos antiguos y modernos, de etnónimos, de poblaciones recogidas por las fuentes, de teónimos indígenas, de emperadores y miembros de la casa imperial, de unidades militares, de personajes latinos, tipológico, de bibliografía, de abreviaturas...) que permiten un fácil acceso a una ingente información.

A cada una de las entradas del diccionario topográfico le corresponde una ficha que incluye la localización del lugar con la denominación antigua y moderna, la división administrativa actual, la división administrativa romana y las coordenadas —tanto las de Ptolomeo, si ha lugar, como las modernas referidas al meridiano de Greenwich—. Figuran también la tipología del sitio, las citas literarias griegas y latinas, y las fuentes epigráficas y numismáticas referentes al mismo, una breve descripción histórico-arqueológica y la bibliografía. Completan cada ficha la mención de los museos y colecciones existentes *in situ* que conservan materiales del lugar, las referencias a otras entradas y el autor de la misma.

Para no enturbiar la lectura del mapa los diferentes elementos (monumentos, inscripciones, necrópolis...) que integran un conjunto más amplio, por ejemplo una ciudad, aparecen señalados en el mapa tan sólo con el símbolo de esta entidad más significativa, siendo descritos en el texto en la entrada correspondiente. Por el mismo motivo la toponimia moderna relacionada con las vías figura en el texto pero no ha sido cartografiada.

Tal vez una de las notas más características de la información recogida en la hoja K-29 sea la abundancia de los etnónimos indígenas y la inclusión de los *castella*, grupos territorialmente definidos a partir de un núcleo de población que conocemos gracias a las menciones de *origo* de la epigrafía.

En definitiva, la hoja K-29 de la *Tabula Imperii Romani* viene a ser un instrumento fundamental para la investigación histórico-arqueológica de la Hispania romana. Tan sólo nos resta desear la pronta publicación del resto de las hojas correspondientes a la Península Ibérica.—Fernando PEREZ RODRIGUEZ

Margarita ESTELLA MARCOS: «Juan Bautista Vázquez el Viejo en Castilla y América». Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Serie «Artes y Artistas». Madrid, 1990. 124 páginas y 129 reproducciones en blanco y negro y color.

La personalidad de Juan Bautista Vázquez el Viejo ha sido estudiada ya en su etapa sevillana. Pero faltaba una monografía sobre su etapa castellana, necesaria para conocer a uno de los más interesantes escultores de mediados del siglo XVI, que contribuyó al auge de la escuela toledana. Esta había sido tratada desde diversos estudios muy parciales o desde obras generales, de manera que había una imposibilidad de poder estudiar profundamente la plástica de una ciudad y un obispado en el que por esas fechas se está cultivando las formas estéticas que van a predominar en gran parte del ambiente español posterior.

La publicación de Margarita Estella cumple sobradamente este objetivo de trazar la vida y la obra de este escultor. Por un lado, nos ha dejado un planteamiento muy trabajado de los escasos datos biográficos que se conocen del escultor desde su nacimiento hacia 1525, probablemente en Pelayos. Sigue quedando la duda de su hipotético viaje a Italia, en el que

la autora indica la probabilidad de que, además de las ciudades más solicitadas, pudiera haber visitado Parma.

Importante es fijar el estilo y formación de Juan Bautista. Como la autora indica muy acertadamente es el más italianizante de los escultores españoles de su generación, añadiendo sus fuentes sansovinianas y pamesanas frente al común influjo miguelangelesco de los otros coetáneos, que es menos visible en nuestro escultor. La huella berruguetesca es evidente, aunque no se interese por los grandes efectismos del maestro y se preocupe más por sus lecciones de ritmo. Un aspecto interesante de su creación artística es su trabajo como dibujante y grabador, entre las que destaca su contribución a la decoración de las obras literarias de Juan de Malara, aparte del ya conocido y bello dibujo del artista para la Portada del Colegio de Doncellas.

Tras esta fijación de los rasgos estilísticos, Margarita Estella emprende la difícil catalogación de su obra castellana. De esta manera, podemos conocer el trabajo de Vázquez el Viejo, en el que sorprende, como indica la estudiosa del tema, que muchas veces se viera forzado a las colaboraciones y las compañías laborales en sus obras de este momento.

De su obra en Avila, se hace eco de la tradicional atribución de la miguelangelesca Piedad de la Catedral de Avila, formulada por Gómez Moreno, añadiendo otras atribuciones a esta etapa abulense, que aún está entre sombras por la falta de conocimientos documentales.

En su etapa toledana es más abundante su producción. Se asiste en el libro a un atinado análisis crítico de esta producción, con sus compañías y colaboraciones, entre las que destaca la llevada a cabo con Nicolás de Vergara el Viejo y Esteban Jordán, lo que para la autora supone la sagaz atribución a Manuel Alvarez de algunas partes del sepulcro de Don Alonso de Rojas. Es una etapa fructífera, que indica la capacidad de trabajo de su taller asociado al de Vergara. La catedral y el obispado de Toledo se sintieron engrandecidos artísticamente por esta labor, en la que destaca la protección del Cardenal Silíceo. Otras obras son atribuciones sugerentes de Margarita Estella, necesarias de la confirmación documental.

Es también interesante la aproximación que se hace a obras destinadas al mundo americano, realizadas por Juan Bautista Vázquez, en lo que se comporta como un pionero entre las obras exportadas al nuevo continente desde la metrópoli.

Se completa esta visión con el estudio de las obras de Nicolás de Vergara, el asiduo colaborador del escultor, que ayuda al mejor conocimiento de este momento vital de la escultura en Toledo.

Por lo tanto, será obra que habrá de consultar todo aquél que quiera profundizar en el campo de la escultura española del siglo XVI, en el que no sólo tuvieron calidad los escultores consagrados por la crítica como creadores de formas, sino también otros maestros que es preciso revalorizar. Este es el caso de Juan Bautista Vázquez el Viejo, uno de los más interesantes artistas que produjo nuestro Renacimiento.—JESUS MARIA PARRADO DEL OLMO.

Milagros I. RODRIGUEZ QUINTANA: *«El obrador de escultura de Rafael de León y Luis de Villoldo»*. Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos. Diputación Provincial de Toledo. Toledo, 1991. 346 páginas y 90 figuras, en blanco y negro.

Otra interesante publicación que nos abre al conocimiento de esa escuela toledana de escultura, hasta ahora tan sólo estudiada en publicaciones muy concretas y dispersas. En este caso, se trata de una obra en la que se estudia un aspecto importante de la escultura en esa escuela, durante la segunda mitad del siglo XVI.